

VARAPALO O AVISO. POR ORIOL PÉREZ TREVIÑO

👤 Jose 🕒 noviembre 14, 2020 📁 Entre clásicos

Domingo, 15 de noviembre de 2020

De entre la multitud de imágenes que uno, más inconsciente que conscientemente, ha guardado en la memoria de la tragicomedia del 1 de octubre, es la del filósofo y político Jordi Graupera trajeado y siendo arrastrado por un policía. Debo decir que la imagen me quedó grabada por esta cuestión: ¿cómo podía ser que una persona docta e inteligente como un doctor en filosofía por la New School for Social Research de Nueva York se hubiera podido creer que aquel simulacro político iba de verdad? En resumen. Detecté en la foto el mismo grado de naïfismo en el que una importante parte de la población catalana quedó atrapada y que, posiblemente, uno no cayó en ella porque, como dijo el añorado Xabier Arzallus, «*conociéndolos un poco*», sabía que una banda de incompetentes, cortesanos y vividores a partes iguales, por mucho arrebató y épica que pongan, no son los más indicados para construir un país nuevo. Y los resultados me parecen que no sólo lo han ratificado sino que han hecho caer del caballo a toda una serie de articulistas, incluyendo al propio Graupera, pero también a Bernat Dedéu o a Enric Vila que se han dado cuenta. Nada de nada. Simulacro tragicómico.

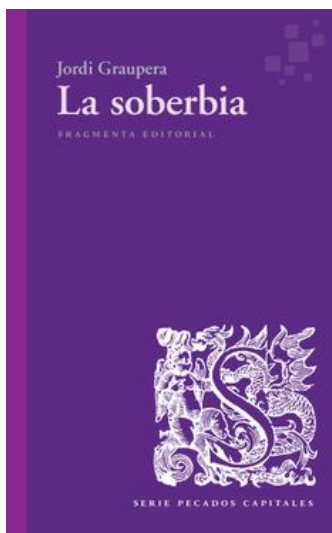


Que valga de antemano que escribo sobre un ensayo de quien no conozco, personalmente, su autor, pero sí conozco la autoría, dicho Jordi Graupera, para abordar el pecado de *La soberbia* en la serie *Pecados Capitales* de Fragmenta editorial, pensé que era una de las personas más indicadas. Y no porque Graupera peque de soberbia, cosa que él en algún momento parece reconocer de una u otra forma, sino porque,

retornando a la fotografía del 1 de octubre, mucho me parece que esa se erige en un ejemplo de hasta donde puede llevar la soberbia colectiva de unos y otros.

Estamos delante de uno de los pecados más sutiles y difíciles de precisar que, a veces, se confunde, como señala Graupera, con los del orgullo y la vanidad. El orgullo, positivo o negativo ya que no puede olvidarse, por ejemplo, como la pobreza también tiene su propio orgullo, no es exactamente lo mismo que la soberbia. Ésta se origina cuando uno se cree, directamente, mejor que los demás. Cuando uno se cree «escogido» por alguna fuerza superior, divina o no, y ve al resto como algo inferior. Aquí es cuando empieza la soberbia. Pero esto, en mi opinión, no es lo mismo que señalar y detectar como cuando, desgraciadamente tantas veces, me veo obligado a escribir actitudes en nuestra sociedad propias de populacho, chusma, caterva, gentuza, canalla... Pocos son los idiomas, tanto en castellano como en catalán, que dispongan de tantas palabras para definir la tendencia gregaria de la condición humana, pero en especial de una sociedad mediterránea como la nuestra. Hay quien habla abierta y lúcidamente, de «*populus corruptus*». No le falta razón.

Quien sienta la peligrosidad del gregarismo necesita, cuando antes mejor, apartarse y siguiendo el sabio consejo de Friedrich Nietzsche «*huir a la soledad, allí donde sopla un viento áspero y recio*» y escaparse de las llamadas «*moscas del mercado*» ya que «*el destino no es el de ser espantamoscas*».



Mucho me temo que a Jordi Graupera le han pesado más su clarividencia y lucidez personales al abordar este pecado capital que no abordarlo en su dimensión metafísica sino, marcadamente, por su recorrido biográfico donde, desgraciadamente, la tribu catalana ha sido incapaz de comprender, comprar como dice el neoliberalismo, su discurso. Basándose en la dimensión autobiográfica, Graupera no puede dejar de escribir en el ensayo las anécdotas de cómo la charcutera de un establecimiento de *delicatessen* le dijo «¿Tú te lo tienes un poco creído, verdad?» o cuando su abuelo, comiendo lentejas, le espetó: «*Ríes como un majadero*». Y que conste que lo escribo no como reproche sino desde el compartir una experiencia idéntica. Para que esconderlo. A uno, en unas cuantas ocasiones, también le han dicho que se lo tiene muy creído o que ríe como un zumbado.

Sin negar que estamos ante un más que correcto ensayo donde se hace una lectura interesantísima del *Leviatán* de Thomas Hobbes o *El criterio* de Jaume Balmes, Graupera señala una visión decadente y pesimista de la Catalunya actual:

«Los catalanes hemos concluido que sale más a cuenta tener las buenas ideas en un cajón y los genios reprimidos y en soledad si esto evita que un soberbio cualquiera monte un conflicto. Empatar de entrada».

Demasiado me parece, sin embargo, que esta visión del pecado de la soberbia hubiera sido muy distinta como hemos señalado, si se hubiera realizado más desde una óptica metafísica, o desde la psicología profunda, que no tanto desde el pensamiento político y la antropología. Graupera, inconscientemente, parece aceptar el adjetivo «soberbio» en el sentido dado por la plebe que es el que suele escoger como «sanbenito» para aquel que se atreve a decir algo parecido a «*el rey va desnudo*». Fue el antropólogo René Girard quien habló del «*chivo expiatorio*» y, así, a los intelectuales se les ha señalado y acusado, tantas veces de buenas a primeras, como se ha hecho tantas veces injustamente con el propio Graupera, de *soberbios*; cuando, a fin de cuentas, lo único que han hecho ha sido señalar que ya basta de hacernos pasar gato por liebre, a la constante aceptación acrítica de la mentira- ya sea con el Procés, con la pandemia- o todavía más tener como referencias a miembros de esta especie que corre tanto entre la sociedad hispánica como es el vendedor de humo, vendedor de tantas cosas de las que no tiene la más puñetera idea y que tantas veces personifican los tertulianos. Realizar esta tarea crítica es indispensable, a pesar que a la plebe le pueda hacer pensar con la soberbia, pero que tiene más que ver con una necesidad de higiene intelectual, con aquello definido por Rob Riemen como «nobleza de espíritu».

Sabemos como Dante Alighieri consideró a la soberbia como el peor de los pecados capitales al ser éste el que había llevado a Lucifer a quererse igualar a Dios y, por este motivo, terminó en el Infierno. Son, precisamente, el Infierno, el descenso al Hades, los que pueden llevar al hombre a comprender la complejidad de su estructura psíquica dual, no hecha sólo de luz, bien y verdad, sino también de oscuridad, maldad y mentira. Sólo conociéndolo, experimentándolo y aceptándolo puede iniciarse un verdadero proceso de transformación interior que pueda hacer comprender de la peligrosidad de la soberbia, de este sentirse por encima de los demás.

Es, para que engañarnos, la aceptación acrítica de nuestra especie al creer como la naturaleza es un recurso y una propiedad; al haber creído que la tecnología y la razón nos han convertido en seres supremos donde, incluso, podemos crear y generar vida haciendo caso omiso de las advertencias del mito, por ejemplo, de Prometeo. Ésta sí me parece la verdadera peligrosidad de la soberbia humana. Una soberbia que, posiblemente por suerte, ha recibido un varapalo inmenso con la pandemia del COVID-19. Como uno es un poco creyente ya no sabe pensar si es un varapalo o un aviso.

Oriol Pérez Treviño

@Oriol 67638017